

— EDICIÓN 50.º ANIVERSARIO —

**PETER BENCHLEY**

# TIBURÓN



PETER BENCHLEY

# TIBURÓN

Traducción de Javier Calvo

El gran tiburón se movía en silencio por el agua nocturna, impulsándose con latigazos breves de su cola en forma de media luna. Tenía la boca abierta lo justo para que le entrara agua en las branquias. No había mucho más movimiento: alguna que otra corrección del rumbo en apariencia aleatorio a base de elevar o bajar ligeramente una aleta pectoral, igual que los pájaros cambian de dirección bajando un ala y subiendo la otra. Sus ojos eran ciegos en la negrura y los demás sentidos tampoco le transmitían nada fuera de lo ordinario a su cerebro pequeño y primitivo. Aunque pudiera parecer que el tiburón estaba dormido, lo delataba el movimiento que le dictaban incontables millones de años de continuidad instintiva: a falta de la vejiga natatoria común en otros peces y de alerones que palpitaban para introducir agua cargada de oxígeno en las branquias, solo podía sobrevivir a base de moverse. Si se detuviera, se hundiría hasta el fondo y moriría de anoxia.

En ausencia de luna, la tierra se veía igual de oscura que el agua. Lo único que separaba el mar de la costa era una franja alargada y recta de playa, tan blanca que brillaba en la oscuridad. Las luces de una casa situada al otro lado de

las dunas salpicadas de hierba proyectaban su resplandor amarillo sobre la arena.

Se abrió la puerta de la casa y salieron al porche de madera un hombre y una mujer. Se quedaron mirando un momento el mar, se dieron un abrazo rápido y bajaron correteando los pocos escalones que los separaban de la arena. El hombre estaba borracho y se tropezó en el escalón inferior. La mujer se rio y le cogió la mano, y los dos corrieron juntos a la playa.

—Ve a nadar primero —dijo la mujer—. Así te despejas la cabeza.

—Olvídate de mi cabeza —repuso el hombre. Entre risillas, se dejó caer de espaldas en la arena, arrastrándola con él. Se desnudaron torpemente el uno al otro, hechos un enredo de brazos y piernas, y se revolcaron con ardor urgente sobre la playa.

Al acabar, el hombre se quedó tumbado boca arriba con los ojos cerrados. La mujer lo miró con una sonrisa.

—¿Qué me dices de nadar ahora? —preguntó.

—Ve tú. Yo te espero aquí.

La mujer se levantó y caminó hasta donde la espuma le lamía suavemente los tobillos. Solo estaban a mediados de junio, de manera que el agua todavía estaba más fría que el aire nocturno. La mujer levantó la voz:

—¿Seguro que no quieres venir? —Pero el hombre se había dormido y no contestó.

La mujer retrocedió unos pasos y se metió corriendo en el agua. Sus zancadas fueron largas y elegantes hasta que le rompió una ola pequeña contra las rodillas. Vaciló, recuperó el equilibrio y saltó por encima de la siguiente, que le rebasó la cintura. El agua solo le cubría hasta las caderas,

de forma que volvió a ponerse de pie, se apartó el cabello de los ojos y siguió caminando hasta que el agua le cubrió los hombros. Y entonces empezó a nadar, con brazadas entrecortadas y la cabeza por encima de la superficie, como nadan quienes no tienen formación.

A un centenar de metros de la orilla, el tiburón notó un cambio en el ritmo del mar. No vio a la mujer y tampoco la olió. Le recorrían el cuerpo una serie de finos canales, llenos de mucosa y cubiertos de terminaciones nerviosas, y fueron aquellos nervios los que detectaron vibraciones y mandaron señales a su cerebro. El tiburón giró hacia la orilla.

La mujer siguió alejándose a nado de la costa, deteniéndose de vez en cuando para comprobar su posición en relación con las luces encendidas de la casa. No había marea, con lo cual no se había desplazado ni a un lado ni al otro de la playa. Pero se estaba cansando, de forma que se detuvo un momento, flotando sin tocar fondo, e inició el camino de regreso a la playa.

Ahora las vibraciones eran más fuertes y el tiburón reconoció a una presa. Los latigazos de su cola se aceleraron, impulsando el cuerpo gigante hacia delante con una rapidez que agitó a los animalillos fosforescentes del agua y los hizo brillar, proyectándole sobre el cuerpo un manto de chispas.

El tiburón se acercó a la mujer y le pasó a toda velocidad por un costado, a cuatro metros de ella y a dos por debajo de la superficie. La mujer solo sintió un embate de presión que pareció elevarla en el agua y hacerla bajar otra vez. Dejó de nadar y contuvo la respiración, pero no sintió nada más, de forma que reanudó sus brazadas entrecortadas.

En ese momento el tiburón la olió, y las vibraciones —bruscas y erráticas— le indicaron miedo. El tiburón empezó a nadar en círculos más cerca de la superficie. Su aleta dorsal emergió y su cola, sacudiéndose de un lado a otro, traspasó con un susurro la superficie cristalina. Le surcaron el cuerpo una serie de temblores.

Por primera vez, la mujer sintió miedo, aunque sin saber por qué. La adrenalina le fluyó por el tronco y las extremidades, generando un calor y un hormigueo que la apremiaron a nadar más deprisa. Calculó que debía de estar a unos cincuenta metros de la orilla. Ya podía ver la línea de espuma blanca que dejaban las olas al romper en la playa. Vio las luces de la casa y, por un instante, la reconfortó la impresión de que pasaba alguien tras una de las ventanas.

El tiburón estaba a una docena de metros de la mujer, a un costado, cuando viró bruscamente a la izquierda, se sumergió por completo y con un par de latigazos rápidos de la cola se abalanzó sobre ella.

Al principio la mujer creyó que se había enganchado la pierna en una roca o en un pedazo flotante de madera. En un primer momento no sintió dolor; solo un tirón violento en la pierna derecha. Estiró el brazo para tocarse el pie, pateando con la pierna izquierda para mantener la cabeza por encima del agua y palpando a oscuras con la mano izquierda. No se lo pudo encontrar. Buscó a tientas en una parte más alta de la pierna y la invadió una ráfaga de náuseas y vértigo. Sus dedos acababan de encontrar una protuberancia de hueso y carne desgarrada. Supo que el líquido cálido que le fluía rítmicamente entre los dedos en medio del agua helada era su sangre.

El dolor y el pánico la golpearon a la vez. La mujer echó la cabeza hacia atrás y soltó un grito gutural de terror.

El tiburón se había alejado. Se tragó la pierna de la mujer sin masticala. Los huesos y la carne le bajaron con un solo espasmo por el enorme esófago. A continuación, se volvió a girar, guiándose por el chorro de sangre que le manaba a la mujer de la arteria femoral, una baliza tan clara y fiable como un faro en una noche despejada. Esta vez atacó a la mujer desde abajo. Se lanzó hacia arriba con las mandíbulas abiertas. La enorme cabeza cónica la golpeó como si fuera una locomotora, sacándola del agua. Las fauces se le cerraron en torno al torso, aplastando huesos, carne y órganos hasta hacerlos pulpa. Con el cuerpo de la mujer en la boca, el tiburón impactó contra el agua con un estruendo tremendo, provocando una cascada resplandeciente de espuma, sangre y fosforescencia.

Ya bajo la superficie, el tiburón sacudió la cabeza de lado a lado y sus dientes serrados y triangulares partieron los pocos tendones que todavía se resistían. El cadáver se deshizo. El tiburón tragó y se dio la vuelta para seguir alimentándose. Su cerebro todavía registraba las señales de la proximidad de la presa. El agua estaba llena de sangre y jirones de carne, y el tiburón no podía distinguir lo que era simple señal de la sustancia. Se dedicó a surcar en todas direcciones la nube de sangre a medio disipar, abriendo y cerrando la boca, en busca de algún pedazo que se le hubiera escapado. A aquellas alturas, sin embargo, ya se habían dispersado la mayoría de los trozos. Unos pocos se hundieron despacio hasta posarse en la arena del fondo, donde la corriente se dedicó a moverlos perezosamente. Unos cuantos se alejaron a la deriva justo por de-

bajo de la superficie, arrastrados por las olas que llevaban a la orilla.

El hombre se despertó, temblando por culpa del frío matinal. Tenía la boca seca y pegajosa, y el eructo que soltó al despertarse le supo a bourbon y a maíz. Todavía no había salido el sol, pero una línea de color rosa en el horizonte oriental le decía que ya se aproximaba el alba. Las estrellas todavía flotaban tenues en la penumbra del cielo. El hombre se levantó y empezó a vestirse. Le molestaba que la mujer no lo hubiera despertado al volver a casa, y le resultó curioso que se hubiera dejado la ropa en la playa. La recogió y caminó de regreso a la casa.

Cruzó el porche de puntillas y abrió con cuidado la puerta mosquitera, acordándose de que chirriaba cuando la abrías de golpe. El salón estaba vacío y a oscuras, lleno de vasos medio vacíos, ceniceros y platos sucios. Lo cruzó, giró a la derecha por un pasillo y pasó frente a dos puertas cerradas. La puerta de la habitación que compartía con la mujer estaba abierta y la lámpara de una de las mesillas de noche encendida. Las dos camas estaban hechas. Tiró la ropa de la mujer sobre una de las camas, volvió a la sala de estar y encendió una luz. Los dos sofás estaban vacíos.

Había dos dormitorios más en la casa. En uno dormían los dueños. El otro lo ocupaban los otros invitados. Evitando hacer ruido, el hombre abrió la puerta del primer dormitorio. Había dos camas, cada una de las cuales albergaba visiblemente a una sola persona. Cerró la puerta y fue a la habitación siguiente. La pareja de anfitriones dormía cada uno en su lado de una cama *king-size*. El hombre



cerró la puerta y volvió a su habitación para mirar el reloj. Eran casi las cinco.

Se sentó en una de las camas y miró el montón de ropa que había sobre la otra. Ya no cabía duda de que la mujer no estaba en la casa. Y a la cena no habían asistido más invitados, de forma que, a menos que hubiera conocido a alguien en la playa mientras él dormía, no podía haberse marchado con nadie. Y aunque lo hubiera hecho, pensó, seguramente se habría llevado algo de ropa.

Solo entonces permitió a su mente plantearse la posibilidad de un accidente. La posibilidad se convirtió enseguida en certeza. Volvió al dormitorio del anfitrión, se detuvo un momento junto a la cama y por fin le puso una mano suavemente en el hombro.

—Jack —dijo, dándole un golpecito en el hombro—. Eh, Jack.

El hombre suspiró y abrió los ojos.

—¿Qué?

—Soy yo. Tom. Siento muchísimo despertarte, pero creo que quizá tengamos un problema.

—¿Qué problema?

—¿Has visto a Chrissie?

—¿Cómo que si he visto a Chrissie? Está contigo, ¿no?

—Pues no. O sea, no la encuentro.

Jack se incorporó hasta sentarse y encendió una luz. Su mujer se movió y se tapó la cabeza con la sábana. Jack se miró el reloj.

—Dios bendito. Son las cinco de la mañana. ¿Y no puedes encontrar a tu chica?

—Ya lo sé —respondió Tom—. Lo siento. ¿Te acuerdas de cuándo la viste por última vez?

—Claro que me acuerdo. Dijo que os ibais a nadar y salisteis los dos al porche. ¿Cuándo la viste por última vez tú?

—En la playa. Luego me quedé dormido. ¿Quieres decir que no volvió?

—Que yo sepa, no. Por lo menos no antes de que nos acostáramos, que fue alrededor de la una.

—He encontrado su ropa.

—¿Dónde? ¿En la playa?

—Sí.

—¿Has mirado en la sala de estar?

Tom asintió con la cabeza.

—Y también en la habitación de los Henkel.

—¡En la habitación de los Henkel!

Tom se sonrojó.

—No hace mucho que la conozco. Podría ser un poco rara, supongo. Y los Henkel también. No estoy sugiriendo nada. Solo quería mirar en toda la casa antes de despertarte.

—¿Y qué piensas?

—Lo que estoy empezando a pensar —dijo Tom— es que quizá haya tenido un accidente. Quizá se haya ahogado.

Jack se lo quedó mirando un momento y echó otro vistazo al reloj.

—No sé a qué hora entra a trabajar la policía en este pueblo, pero supongo que es tan buen momento como cualquier otro para comprobarlo.